



DEL AUTOR DE *EL NARCO*

IOAN GRILLO

«Una sorprendente exploración de los horrores
de la violencia en el hemisferio occidental»

— *Kirkus Reviews*

CAUDILLOS DEL CRIMEN

**DE LA GUERRA FRÍA A LAS
NARCOGUERRAS**

Grijalbo

Caudillos del crimen

IOAN GRILLO

Caudillos del crimen

De la Guerra Fría a las narcoguerras

Traducido por
Hugo López Araiza Bravo

Grijalbo

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Parte I

¿GUERRA?

CAPÍTULO 1

Este libro trata del paso de la Guerra Fría a la cadena de guerras criminales que empapan de sangre a Latinoamérica y el Caribe. Pero comienza en Estados Unidos. Específicamente, en una librería Barnes and Noble en un centro comercial en El Paso, Texas.

Estoy sentado en la cafetería de la librería, tomando mi tercera taza de café y hojeando una pila de libros nuevos. Como se hace con los libros nuevos, estoy viendo las fotos, echando un vistazo a las introducciones y simplemente sintiendo y oliendo el papel. También estoy esperando a un narcotraficante que ha pasado cuatro décadas entregando los productos de los capos mexicanos a todos los rincones de Estados Unidos.

El hombre al que espero no es un caudillo criminal que controle un feudo en Latinoamérica. Es un neoyorquino blanco con educación universitaria. Por eso quiero empezar el libro aquí. Los periodistas latinoamericanos se quejan de que nunca se examine el lado estadounidense de la ecuación. “¿Quiénes son los socios de los cárteles que siembran el caos al sur del Río Bravo?”, preguntan. “¿Dónde está el narco estadounidense?” Aquí encontré a uno.

Un curioso giro del destino me trajo a esta cita. Un compatriota británico rodaba en bici por el suroeste de Estados Unidos, se había tomado unas vacaciones largas. Texas estaba bien, pero se le antojaba algo más atrevido, así que se escurrió por la frontera hacia Chihuahua, México. Sin imaginárselo, entró a una de las esferas más violentas de la narco guerra mexicana, y se aventuró por los pueblitos al oeste

de Ciudad Juárez, en ese entonces la ciudad más homicida del mundo. No le fue tan mal: la pasó en cantinas, chocando tarros con lugareños sombríos. Hasta que unos matones lo encerraron en una casa, amenazaron con cortarle la cabeza y lo obligaron a llamar a su esposa en Inglaterra para pedir rescate.

De hecho, los ataques contra extranjeros ricos en México son muy raros, pero ha habido casos esporádicos, algunos mortales. En este caso, los matones habían saltado ante una oportunidad que les cayó del cielo. Afortunadamente, soltaron al británico al recibir el efectivo, y llegó a casa ileso. Siguió en contacto con una de las personas que había conocido en la frontera, un hombre mayor de nombre Robert. Aunque él conocía a los secuestradores, parece que no estuvo involucrado. Es el hombre al que voy a conocer, una de las conexiones estadounidenses de los narcos.

El ciclista británico nos puso en contacto, me comuniqué con Robert por mail y luego por teléfono para organizar el encuentro. Vive del lado mexicano de la frontera, en uno de los pueblos chihuahuenses. Le dije que no quería ir ahí después de lo del secuestro, y le sugerí que nos encontráramos en El Paso, a tiro de piedra de Juárez, pero también una de las ciudades más seguras de Estados Unidos, en una librería Barnes and Noble. ¿Quién te atracaría en una Barnes and Noble?

Al terminar mi bebida, veo que Robert camina hacia mí. Probablemente me vio primero. Está sesenteando, trae jeans y una gorra de beisbol, tiene la piel tostada y la voz rasposa. Pido todavía más café y charlamos. Es buena compañía. Muy pronto decidimos que queremos algo más fuerte y nos mudamos a un bar de vaqueros en el centro comercial, donde venden cervezas locales en tarros de tamaño ridículo. Escucho la historia de Robert mientras damos sorbos a los toneles.

Se remonta a 1968, cuando Estados Unidos estaba en medio del movimiento hippie y libraba su Guerra Fría más ardiente en Vietnam; cuando las dictaduras controlaban la mayor parte de Latinoamérica y un Che Guevara recién martirizado inspiraba a las guerrillas en todo el continente. Robert es del estado de Nueva York, pero en 1968 fue a la universidad en Nuevo México. Ahí, la suerte le deparó compartir cuarto con un chico de El Paso que tenía un primo en Ciudad Juárez. Su compañero le dijo que le podía comprar marihuana a 40 dólares el kilo. Eso encendió una mecha en la mente de Robert: sabía que de vuelta en Nueva York esa cantidad se vendía en 300 dólares. El negocio básico de la importación es comprar por un dólar y vender por dos. Pero con las drogas, se percató Robert, podía comprar por un dólar y vender por más de siete. Y ni siquiera necesitaba publicidad. Esto era tras el verano del amor, y la juventud estadounidense estaba desesperada por la mota donde pudieran conseguirla, lo que alimentaba una industria floreciente al sur de la frontera.

“Era joven, estaba en quiebra y tenía hambre —dice Robert—. Entonces vino la marihuana, como una bendición... Juntamos dinero como pudimos para el primer cargamento. Cuando salió, compramos otro. Y otro.”

Es difícil para la mayoría de nosotros imaginarse un negocio con ganancias de 650%. Metes 1 500 dólares y sacas más de 10 000. Metes 10 y sacas 75. Y en dos movidas más puedes ser multimillonario. Las narcofinanzas ponen de cabeza a la economía.

Como Robert iba seguido a la costa este con la cajuela llena de mota, pudo cursar la universidad sin siquiera adquirir préstamos. “Estaba viviendo como niño rico, tenía un buen carro, vivía en un lugar grande”, dice. Cuando se graduó, tenía un negocio al cual entrar. Viajó a Chihuahua para comprar marihuana a granel y se enfiestó en las discos de Juárez con los capos en ascenso. Extendió su comercio

hacia nuevos horizontes. Viajó a Mississippi y Alabama, donde le vendió a la Mafia Dixie, una red de villanos en los estados de los Apalaches. Fue a San Francisco a venderles a los estudiantes en los prados de Berkeley. Compró casas y discotecas con portafolios llenos de efectivo.

Sin embargo, el narcosueño de Robert topó con pared a finales de los setenta, cuando lo atraparon agentes de la Administración para el Control de Drogas. La DEA hizo lo que se llama un *buy and bust*, un "compra y atrapa". Un agente encubierto fingió ser un traficante y le pidió 130 kilos de yerba a su socio. Después de atrapar al socio en su carro, la policía invadió la casa de lujo de Robert, lo arrestó en traje de baño y cogió sacos de yerba de la cocina y el garage.

Ésta es la otra cara de la narcoeconomía. Robert derrochó en abogados, le confiscaron sus bienes y pasó casi una década en una cárcel federal. Pero cuando salió, volvió al negocio, a mover mota y un poco de cocaína con una nueva generación de traficantes mexicanos. Esta vez mantuvo un perfil más bajo, pasando cantidades más pequeñas para mantenerse fuera del radar. Continuó tras la mediana edad, a través de matrimonios y divorcios, bonanzas y bancarrotas, hasta el final de la Guerra Fría y el amanecer de la democracia en América. Para cuando llegó a sus 60, tenía asma crónica y cardiopatía. Y seguía contrabandeando yerba.

Cuando Robert comenzó a traficar drogas, sus colegas mexicanos eran un puñado de agricultores y contrabandistas que ganaban migajas. Necesitaban a estadounidenses como él para entrar al mercado. Pero al pasar las décadas, las redes del narcotráfico se convirtieron en una industria que vale decenas de miles de millones de dólares y se extiende por México y el Caribe, hasta Colombia y Brasil. Los capos mexicanos se convirtieron en cárteles e instalaron a su propia gente del lado estadounidense, casi siempre a

parientes. Dos de sus mayores distribuidores eran los hijos gemelos de un rey de la heroína duranguense, nacidos en Chicago. Si bien Robert había sido un pez gordo en los viejos tiempos, cayó a la posición de contrabandista menor.

Al sur de la frontera, los cárteles gastaron sus millones en armar ejércitos de asesinos que cometen masacres comparables a las que suceden en zonas de guerra y superan en armamento a la policía. Para complementar, las drogas se han diversificado hacia una gama de crímenes que incluye extorsión, secuestro, robo de crudo e incluso minería ilegal. Y han llegado a controlar los gobiernos de ciudades y estados enteros en Latinoamérica.

“En los viejos tiempos no era así para nada —dice Robert—. Sólo eran contrabandistas. Ahora abusan de sus comunidades. Se han vuelto demasiado poderosos. Y muchos de los jóvenes que trabajan para ellos son unos pinches locos asesinos que andan siempre en cristal. No puedes tratar con esa gente.”

Le pregunto a Robert si se siente culpable por surtir de efectivo año tras año a esas organizaciones. Nunca se habrían vuelto tan grandes sin trabajar con estadounidenses.

Mira su tarro un rato y suspira. “Sólo son negocios —dice—. Hace tiempo que debieron haber legalizado muchas de estas drogas.”

Unos meses después de la entrevista, arrestan a Robert de nuevo: estaba cruzando la frontera con la cajuela llena de mota. Tiene 68. Pasa cuatro meses en prisión, se declara culpable y le dan libertad condicional por el tiempo que ya ha cumplido y por razones médicas. Le dice al juez que su carrera de traficante llegó a su fin.

Pasamos de El Paso al otro lado del Río Bravo y 2 200 kilómetros al sur, a la ladera de un cerro en el sur de México. Estoy en las montañas del estado de Guerrero, cerca

de donde los traficantes cultivan marihuana y producen heroína. El destino de estos cerros está atado al de los contrabandistas en Texas y al de los consumidores de drogas en todo Estados Unidos a causa de las lindas plantas verdes y rosas que hay aquí. Es el dominio de un cártel llamado Guerreros Unidos, una pequeña pero mortal escisión de una red de tráfico más antigua. El cerro es hermoso, lleno de pinos y flores de un naranja brillante. Grillos extraños saltan en la tierra y mariposas exquisitas vuelan en arco por el aire.

El olor a muerte es abrumador. Es como entrar a una carnicería llena de carne en descomposición; pútrido y de cierta forma un poco dulce. Aunque describiría el olor como repugnante, no es dañino. Es un cliché cinematográfico que la gente vomite cuando ven o huelen cadáveres. Eso no pasa en la vida real. Los cadáveres no dan náuseas. El malestar es más profundo, es más una repulsión emocional. Es el olor y la visión de nuestra propia mortalidad.

El hedor a carne humana en descomposición cubre este cerro porque policías y soldados están sacando cadáveres de una serie de fosas. Son hoyos húmedos y llenos de gusanos que probablemente cavaron las mismas víctimas. Los cadáveres están carbonizados, mutilados, podridos.

En México le llaman a esto narcofosa, una tumba del narcotráfico. Pero muchas de las víctimas aquí no son ni narcotraficantes ni policías, ni están conectadas con el mundo de los narcóticos. Son tenderos, peones, estudiantes, que de alguna manera cayeron de la gracia del imperio criminal de los Guerreros. Las tropas sacan 30 cadáveres en este sitio, cerca de la ciudad de Iguala. Y sólo es una de las muchas narcofosas que salpican estos cerros.

Los habitantes de las chozas cercanas describen en susurros cómo los Guerreros traían aquí a sus víctimas. Venían de noche en caravanas de pickups, apuntándoles con Kaláshnikovs a sus aterrorizados rehenes. Casi siempre

los acompañaban policías. Se decía que los Guerreros controlaban a la mayoría de la fuerza policial de Iguala, junto con el alcalde y su esposa.¹

Algunos de los cadáveres llevan aquí meses, pero nadie vino a buscarlos; hasta que una atrocidad llegó a todo México y a los titulares de todo el mundo. El 26 de septiembre de 2014, la policía de Iguala y sus colegas, los sicarios de los Guerreros, atacaron a estudiantes de una escuela para maestros, mataron a tres y desaparecieron a 43.

Los medios internacionales por fin se enteraron de dónde estaba Iguala. ¿Cómo podían desaparecer 43 estudiantes de la faz de la Tierra? Sonaba a Boko Haram en Nigeria secuestrando niños en las escuelas, pero esto era junto a Estados Unidos. Miles de tropas llegaron y descubrieron fosas comunes como ésta en la que me encuentro. Pero ni así lograron encontrar a los estudiantes.

La historia es ya dolorosamente familiar para la mayoría de los mexicanos. Después de más de un mes, la policía siguió el rastro hasta un tiradero de basura a 16 kilómetros. El procurador general de México dijo que los Guerreros asesinaron ahí a los 43; quemaron sus cuerpos en una enorme fogata hecha de madera, llantas y diésel, y tiraron sus restos al cercano río San Juan.² La policía encontró huesos carbonizados en una bolsa, que supuestamente estaba en el río, y los mandó a un laboratorio en Austria. Confirmaron que el ADN de un fragmento de hueso coincidía con el de uno de los desaparecidos.

Sin embargo, los familiares y muchos periodistas se negaron a creer la versión oficial. Los procuradores mexicanos tienen un historial de encubrimientos que ha provocado una desconfianza generalizada. Un informe independiente de expertos también rechazó muchas de las conclusiones oficiales. Las familias exigieron que la policía siguiera buscando a los otros 42 estudiantes y que investigara más a fondo la red de corrupción que llevó a esta atrocidad.

México parecía haberse vuelto insensible al homicidio. Entre 2007 y 2014, los cárteles y las fuerzas de seguridad que los combatían habían matado a más de 83 000 personas, según un conteo de la agencia de inteligencia mexicana.³ Algunos sostenían que eran muchas más. Yo cubrí masacres en las que los habitantes de alrededor parecían escalofriantemente indiferentes. Cuando alguien pasa por una experiencia traumática, la reacción instintiva es bloquearla. Las comunidades hacen lo mismo. La gente se cansó de los asesinos, de los cárteles y de las matanzas. Las víctimas se convierten en estadísticas.

Iguala cambió eso. El hecho de que las víctimas fueran estudiantes, la descarada participación de la policía, la inepta reacción del gobierno, todo cimbró el corazón de la sociedad mexicana. Tal vez simplemente había llegado el momento. A finales de 2014, cientos de miles salieron a las calles para protestar contra la corrupción y la violencia del narco. Las caras de los estudiantes desaparecidos llenaron pósters en las calles de la Ciudad de México y pancartas solidarias desde Argentina hasta Austria y Australia. Eran personas, no números.

Los ataques y las protestas derrumbaron una ilusión llamada el Momento mexicano. Era un espejismo invocado por el equipo del presidente Enrique Peña Nieto y que algunos medios y críticos estadounidenses se habían tragado. Decían que la violencia de los cárteles en realidad no era tan grave, que podíamos hacerla a un lado y hablar de la clase media mexicana en expansión, del *spring break* en Cancún y de las ventas de iPads.

Iguala devolvió la violencia a la primera plana. Resaltó los problemas que llevaban años creciendo: cárteles que se han convertido en un poder alterno que controla alcaldes y gobernadores, sus oscuros vínculos con las fuerzas federales de seguridad, que la comunidad internacional no cambie su desastrosa política de drogas. Hizo que muchos

se dieran cuenta de que los problemas no van a desaparecer si los ignoramos, sino sólo si los enfrentamos y cambiamos las cosas.

En una ironía dolorosa, los estudiantes desaparecidos en Iguala estaban planeando asistir a una marcha para conmemorar una masacre de estudiantes en 1968. Eso nos lleva de vuelta al punto más álgido de la Guerra Fría, la era de las dictaduras y las guerrillas guevaristas (y cuando Robert compró yerba por primera vez en Juárez). Como México estaba a punto de inaugurar las olimpiadas ese año, los soldados mataron a tiros por lo menos a 44 personas en una manifestación en Tlatelolco, en la Ciudad de México.⁴ El ataque contra los estudiantes en Iguala creó una ecuación agonizante:

46 años después de que los soldados mataran a
44 manifestantes,
46 estudiantes fueron violentados, 3 de ellos asesinados y los
demás desaparecidos.

A pesar de esta sombría similitud, las atrocidades reflejan mundos diferentes: el de la Guerra Fría en el siglo XX y el de las guerras criminales del XXI. La masacre de Tlatelolco fue orquestada casi con certeza desde la cúpula. Al gobierno unipartidista del Partido Revolucionario Institucional, o PRI, apodado la Dictadura perfecta, le preocupaba que los estudiantes interfirieran con las primeras olimpiadas en Latinoamérica.⁵ Masacró a los manifestantes para sacarlos de las calles. Esto concordaba con los regímenes autoritarios de todo el continente en esa época, que combatían el disenso con balas.

En contraste, Iguala reflejó el mundo nuevo e infeliz del narcopoder. México ahora tiene una democracia multipartidista, y la oposición, supuestamente de izquierda, gobernaba Iguala. Pero el poder real era este misterioso cártel,

que contrabandeaba drogas, controlaba a los políticos y pactaba alianzas con las fuerzas de seguridad. Es una fuerza oscura con intereses turbios que tenemos que esforzarnos para ver siquiera.

Mientras que el motivo para reprimir manifestantes en los sesenta estaba claro, los ataques de Iguala dejaron a muchos desconcertados en cuanto a por qué un cártel agrediría estudiantes. Los maestros en formación son conocidos por los disturbios de sus protestas y habían tomado autobuses de la central camionera local. ¿Acaso los criminales estaban atacando a los estudiantes como una forma de infundir terror, y trabajaban con las autoridades corruptas para reprimir las protestas? ¿O los estudiantes habían tomado sin saberlo un autobús en el que el cártel había metido un cargamento de heroína? ¿O, en su paranoia, habrán pensado los sicarios que los estudiantes trabajaban para un cártel rival? ¿O será que la corrupta policía estaba defendiendo un evento público del narcoalcalde y su esposa? Fuera la razón que fuera, el espectro es el de una ciudad controlada por criminales que reaccionó a un incidente de orden público con una matanza.

Cuando cientos de miles marcharon por las calles para protestar contra el terror, los manifestantes llamaron a Iguala un crimen de Estado, a la par con las masacres de los dictadores. Era una idea provocadora. No había pruebas de que el presidente Peña Nieto estuviera involucrado en el ataque, pero oficiales de la policía, que son agentes del Estado, estuvieron inmiscuidos hasta el cuello. Los periodistas también se preguntaron qué estaban haciendo los soldados y la policía federal durante el tiroteo.⁶ En otros casos, agentes federales mexicanos han sido arrestados por trabajar para narcotraficantes. Eso levanta un debate sobre la responsabilidad del gobierno cuando pedazos del aparato estatal han sido capturados por cárteles.